

el fogón de la peonada



El motete del mariachi

— 57 —

Miguel Salguero

Se parecían a esos músicos familiares en las películas mexicanas de chaorros; envueltos en cobijas a cuadros y bien armados. Los gobiernistas se ganaron el apodo para sécula: mariachis. Con el tiempo los del otro bando, el nuestro, se emparejarían con un sobrenombre similar: figueriachis. Pero por aquellos días lo más usado para denominar a los contrarios de picadistas, calderonistas y vanguardistas, era el término opositorista o ulatista.

Antes de marchar al Alto de San Juan fuimos de visita a Las Nubes, a ver cómo estaba doña Mela. Salimos poco después de terminar la batalla de San Isidro. Y en la esquina diagonal a la Jefatura Política encontramos un gran motete. "Qué es esto?", preguntamos. "Es de algún nica que lo dejó botado en la huida". Precisamente a pocos metros de ese lugar fue muerto un atacante que se arrastraba hacia las trincheras. Al ser examinado se le encontró para sorpresa e indignación de todos, el anillo de oro de don Chico Bedoya. Pues el jefe, al ver el enorme envoltorio, nos dijo: "Es ropa y cosas que han saqueado en los negocios. Llévselo para su casa porque de lo contrario se va a perder. De por sí esto tendrá que pagarlo el nuevo gobierno". A las 300 varas aproximadamente se veía aún el humo de varias casas que los hombres de Tijerino incendiaron en su huida. "Nos da permiso para ir a la casa?" "Claro, vayan; pueden volver hasta mañana..."

San Isidro —Ureña en esa época— era ya un lugar de pujante comercio. Centro de una zona grande y rica, el campesino acudía al pueblo a vender sus productos y a adquirir los víveres y enseres indispensables en su finquita. Miles de peis descalzos en la ruta de barro y piedra rumbo al intercambio eterno. Cuando estalló la revolución, las tiendas, almacenes y pulperías estaban llenas de telas, zapatos, sombreros, cosméticos, ropa, víveres y mil cosas más. Tarea imposible para los jefes evitar que se produjeran saqueos. Los del gobierno, que venían de lejos, cansados y sin víveres, se echaron a las espaldas muchas cosas que nosotros habíamos respetado. En el transcurso de la guerra el pueblo sería saqueado completamente. En aquel momento la mayor parte de las mercaderías quedó intacta.

Pues sin pensarlo dos veces cogimos el botín que el jefe nos regaló, nos buscamos un ruquillo pasitrotero, y con el gran saco en la grupa nos fuimos en busca de Las Nubes de San Ramón.

Doña Mela se vino en carrera a toparnos. "Gracias a Dios y a la Virgencita del Carmen que nada me les pasó... Y la gente diciendo que ya me los habían matado; yo decía que no, que Tática Dios me los resguardaba...". Con lágrimas en los ojos nos recibió nuestra madre. Y ni qué decir de don Nando, que también "tiene la lágrima en el ojo cuando algo lo emociona", según justificaba doña Mela.

Con ellos —don Nando había pedido la baja después del combate, debido a la dolencia del reumatismo— vivían muchas personas, incluyendo a la señora e hijos de uno de los Barrantes.

"Es cierto que ustedes mataron a Tijerino?" La pregunta, que nos hizo una muchacha, fue una gran sorpresa. "Cómo? No, nunca; Tijerino murió por el lado de Palmares y nosotros estábamos en las trincheras de la plaza..." "Pero, no dicen que fue un güila...?" He ahí una versión completamente falsa de la muerte del general, versión que se propagaría por todo el país. "Tijerino iba a caballo —decían las gentes— y un chiquillo le disparó primero al caballo y después al general..."

Nuestra explicación de que todo era un rumor no convenció a aquella mujer. Como no convencería a muchos a partir de entonces, porque en todo sitio al que nos presentábamos y en cuanto se enteraban de que éramos "soldados" de la revolución, de inmediato surgía la pregunta, a manera de pesadilla:

"Ah, ustedes fueron los que mataron al general..."

El manteado del jefe muerto se nos pegó a nuestras espaldas durante muchos años.